

“MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO...”

Uno de los tantos chascarrillos que circulan por las tertulias de amigos dice así: “¿En qué se diferencian una casa incendiada y una casa vacía?... “En que de la primera salen llamas y en la segunda llamas y no salen”. Como éste, miles de divertidos juegos de palabras agudizan el ingenio.

Hoy con la **Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo** acaba el año litúrgico. El diálogo entre Pilato y Jesús, su juicio civil, tal como lo narra Juan, alcanza su culmen en la confesión de la realeza de Cristo: “*Tú lo dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad*”. Siguiendo el esquema mencionado antes de los chascarrillos podríamos preguntar: “**¿En qué se diferencian Jesucristo y un rey?**”. Ciertamente se trata de una realeza misteriosa, no al uso: el rey -o el gobernante, que en términos modernos es lo mismo- conquista la voluntad de sus súbditos por la astucia y la coacción (aunque sea la justa fuerza coactiva de la ley), y Jesucristo conquista el corazón de los suyos como un amado con su amada, a fuerza de amor, con gestos de un amor inagotable. Su arma más devastadora es un amor tal que “*no cansa ni se cansa*” (cf. San Juan de la Cruz); como si le repitiera: “*Puedes hacerme lo que quieras, que no vas a conseguir que te deje de querer*”.

La realeza de Jesús se identifica con su persona y no con un sistema. Por eso su Reino “*no es de este mundo*”. Se trata de una alternativa al mundo en que vivimos. **Su reinado es desde el servicio**, no desde el poder; **desde la humildad**, no desde el éxito; **desde la pobreza**, no desde la riqueza. Y **su seña de identidad es el testimonio de la verdad**. ¡Qué extraño suena esto hoy, cuando la verdad ha perdido su vigencia y el relativismo campa a sus anchas en todos los sectores de la sociedad, y hasta se habla de la “post-verdad”!

El prefacio de la Misa nos indica de qué va este Reino: “*...un reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz*”. Y el papa Benedicto XVI se lo decía a los jóvenes hace trece años en Colonia: “*El poder de Dios es diferente al poder de los grandes del mundo... no le hace competencia a las formas terrenales del poder... no contrapone sus ejércitos a otros ejércitos... Al poder estridente y pomposo de este mundo, Jesús contrapone el poder inerme del amor, que en la Cruz -y después siempre en la historia- sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instauro el Reino de Dios*”.

Dejarse conquistar por este Rey implica aprender a acomodar la propia vida al modo de ser de Dios, diciendo a todo el que me encuentre en el camino de la vida: “*Puedes hacerme lo que quieras, que no vas a conseguir que te deje de querer*”. Esto es ser rey al estilo de Jesucristo.

Por todo ello... “**¡Venga a nosotros tu Reino, Señor!**”.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM